

gen de mi amigo. El ritmo: centro de la vida, alma del universo. El ritmo que se acondiciona a la idea y que la crea de nuevo. El ritmo, que está en nuestros menores actos y en los más decisivos: en nuestro ensueño y en el cansado paseo de un día estival.

Su ritmo ascendente, un ritmo creador. Sentimos este impulso en las obras más diversas de Reyes: en «El Suicida» y en «El Cazador», libros de ensayos y divagaciones; en «La Visión de Anáhuac», en los fuertes «Cartones de Madrid», en «El Plano Oblícuo...» Cuando el crítico acuñó en una frase su observación sobre el viejo romance, no hizo sino reflejar su más íntima realidad estética. ¿Estética, solamente? Pienso que en Reyes el impulso rítmico tiene un esencial valor humano. No en vano, cuando él me hablaba de su libro, de ese libro sobre el impulso rítmico que quizá no llegue a escribir nunca, pero que tan bien sentimos sus amigos, me anunció la sencilla dedicatoria: A mi padre, coronel de lanceros en 1886.

He nombrado al «Suicida», cuya segunda lectura ha sido un mundo de sorpresas para mí. He aquí cómo un impulso rítmico, musical—dejadme ya decir lírico—va uniendo una abstracción con otra, una idea compleja con otra más compleja aún, una noche profunda del alma con otra interminable noche. Pero las ideas tienen un extraño fulgor y una honda y sorprendente música. Cuando llegamos a la primera abstracción, comprendemos que mucho tiempo hemos de tardar en detenernos. Al alma nos llegan las palabras del escritor, en el ensayo de «Los desaparecidos»: «Todos mis anhelos se van tras de los dos mil trescientos cincuenta y un desaparecidos de Nueva York». La ventana está abierta sobre la noche profunda. El canto, el ritmo será el hilo invisible que nos guíe.

¿Por qué, ahora, de modo súbito y misterioso acuden a mi memoria unos nombres que son de la más alta devoción para mi amigo? Este seguro dominio en las ideas abstractas me hace recordar a Gracián, de quien ha sido Reyes uno de los más penetrantes comentaristas; ese impulso rítmico, ese puro triunfo musical, me hace pensar en la reciente frase de Foulche Delbosc, en su edición crítica del poeta de las Soledades: Alfonso Reyes es el primer gongorista de los tiempos presentes. Así la doctrina del impulso explica las más íntimas dilecciones del escritor.

Hace unos meses, Wells, en su visita a Madrid, preguntaba con asombro a Reyes cómo podía vencer las enormes dificultades que ofrece la traducción de Chesterton, esa figura singularísima en las letras inglesas contemporáneas. Reyes, con su moderación habitual, le habló de la tradición conceptista en las letras españolas. Nuestra lengua tenía

antecedentes para recibir como a huésped que nos es familiar al autor de *Ortodoxia*. De sí mismo no podía hablar nuestro amigo: de su ritmo de las ideas abstractas, de su impulso humorístico, de su literatura, que es muchas veces un libre juego, lleno de sorpresas. Esa afinidad con Chesterton en nuestro ensayista es lo que explica mejor la excelencia de sus traducciones. El hombre del impulso rítmico había de ser un personaje de la mayor intimidad para el habitual lector de Chesterton.

Y ¿el impulso rítmico hasta dónde puede conducir? ¿Podemos prever todas sus posibilidades? En Reyes, escritor de temperamento clásico y de cultura humanística, bien podemos asegurar que a ningún desorden de las ideas, a ninguna confusión romántica, a ningún bullicio sentimental. En su obra, sentiremos junto a la música que asciende el silencio pitagórico, la claridad, la suave luz de la noche serena.

NOCHE SERENA

NOCHE serena de nuestra América, desconocida noche para tantos, de ti, y pensando en la obra de mi amigo, quiero hablar, y más que con mis propias palabras, con las que, en una tarde inolvidable, oí de un grave crítico español, de un crítico de la generación de Menéndez y Pelayo, muerto en 1920: D. Miguel Santos Oliver.

Frente a la vastísima colección cervántica que posee el Instituto de Estudios Catalanes me hablaba el crítico mallorquín de la obra de América, de las actuales literaturas americanas. Habíamos recordado la renovación lírica en España debida principalmente a la obra de Rubén. Entonces, aquel escritor ponderado, aquel escritor que, como todo verdadero humanista, tan hondamente creía en la fuerza armoniosa de la cultura, me dejó ver su pesimismo sobre ciertas tendencias en el actual espíritu español. Encontraba en ellas, en medio de su poder dinámico, un desequilibrio que hacía menos honda su eficacia en la vida, una falta de concierto, de seguridad maestra, que limitaba su valor en la pura esfera del arte. Unamuno, Pío Baroja, de obra tan fuerte y variada como desconcertante, fueron los ejemplos más característicos que citó para confirmar sus opiniones. Frente a esta falta de equilibrio, de cultura armoniosa, América ofrecía a España, por medio de algunos de sus más puros escritores, una lección de serenidad. El idealismo de Rodó, tan luminoso en el arte, tan eficaz, tan constructivo en la vida;

la sobriedad, junto a la vastísima cultura creadora de Enrique José Varona; el mundo de apariencias serenas de la poesía de Valencia; el tono meditativo de los versos de González Martínez... Podremos señalar limitaciones en esta obra fecunda. No podremos nunca dejar de sentir su claridad, su delicada luz del espíritu, su sentido de reposo, su serenidad resplandeciente.

Muchas veces he pensado en la conversación con Santos Oliver, al releer los libros de Alfonso Reyes. Algunos de estos libros, de creación o de crítica, han sido producidos en medio del agobio terrible de la vida. A veces, el hombre ha sentido sobre su cabeza las alas de la tragedia. Y la cultura lo ha salvado y ha dado a su más íntimo lirismo una moderación, una suavidad conmovedoras. Es el espíritu de su elegía de Itaca:

Ni forma de la vida, ni pensamiento pasa,
ni luz, ni voz, ni tengo calor ni compañía,
cuando súbitamente, rompiendo el alma mía
penetran como pájaros los ruidos de la casa,

¡Claro rumor de agua bajo los platanos
y cantos de las aves en el amanecer!
¡Oh visión de las nobles figuras familiares
que ya no he de miraros donde estabais ayer!

Dipersos los hermanos, ¿qué harás, antigua casa,
adonde cada objeto me saludaba ya?
¡Si hasta la misma tierra después que el agua pasa,
ansiosa me pregunta si ya no pasará!

La obra de Reyes, en medio de sus constantes sorpresas, no ha perdido el espíritu de esta poesía. Cuando quiero explicarme la persistencia de esta nota al través de los momentos más diversos, al través de los múltiples impulsos (el impulso rítmico, el impulso humorístico, el impulso de lo imprevisto), un recuerdo muy personal viene a auxiliarme en mi interpretación. Es el de nuestro viaje a Burgos, en el verano de 1918. Era el tercer día de nuestra estancia en la ciudad admirable. Para aliviarnos un poco de la emoción que nos ahogaba, salimos al campo. Cerca del castillo del Cid, una pobre mujer que vivía en una choza de tierra, ofreció a Reyes un clavel. Ví a mi amigo correr por el camino del Castillo, paralelo al de la ciudad. Me parecía que era la suya una carrera lírica. En frente estaba la ciudad austera, la ciudad llena de profundo reposo, llena de una visión de eternidad. Se oían los cantos alegres de unos cordeleros. En la impetuosa carrera aquel ambiente ponía una nota de serenidad. Y yo veía así, con una honda emoción, pasar ante mí la obra del escritor y la vida de mi amigo.

Santa María del Rosario,
Octubre, 1922.

BUSQUE el próximo «CONVIVIO DE LOS NIÑOS»: Cuentos viejos, por MARÍA DE NOGUERA. Son cuentos populares recogidos en Santa Cruz de Guanacaste. Puede ser un libro de lectura para sus hijos o alumnos. Precio probable del ejemplar: ₡ 1.25 ó ₡ 1.50.